

nusimos y unas entrañuelas incógnitas, frescas y maternas, siempre en temblor. Toda su fisiología es de juventud, de juventud insomne, incansable y jovial, andando siempre, charlando siempre, durmiéndose en la charla, en la música y en el rumor.

Se explica que odie tanto el estancamiento, la vejez y el sueño. Ella sabe que quieta y detenida, se corrompe y mineraliza, como todo lo vivo cuando muere. Sabe que el estancamiento mata la maternidad fecunda de sus entrañas que sueñan el riego y la conjugación con otras entrañas...

Por eso, con la quietud forzada, el agua se irrita y descompone, su humildad natural se hace rencor y su timidez, soberbia. Y cuando salta la presa, cuando se despeña incontinente, grita, muje, amenaza y se desmelenan entre babas de ira, atroz y energúmica como una buena feminidad contradicha y fracasada en su vocación materna. Hasta recogida en la cuenca del océano, inventa brisas y vientos y atracciones de astros para continuar en su movilidad y no pudrirse.

Pero pasada la exaltación de su furor, vuelta al camino fluvial, recobrado el ritmo de su andadura, de todo se olvida, de todo rencor se limpia y sintiéndose y recreándose, igual a sí misma, vuelve a ser generosamente conciencia líquida del mundo donde el paisaje se piensa, en imágenes e ideas limpias y purísimas. Y la estrella, la nube, el árbol y el caminante allí toman reflexivamente la primera noticia profunda de sí mismos. Si tiene profundidad, el agua se ha hecho cerebro y su piel toma las arrugas de una frente... Reflejando el mundo, el agua se ha hecho conciencia y la conciencia del hombre no es más que la reflexión sobre las propias aguas interiores, cuyo rumor de caracola marina suena oscura y patética en la gruta del corazón...

Pero además de conciencia psicológica del mundo, tiene mucho de conciencia moral. El agua es limpia y lustral y odia el pecado. Todo lo purifica el agua: así la culpa ancestral por el bautismo, como las miserias de la carne, por el hervor y por el ascetismo o la castidad de la intemperie y el frío... Por eso, el agua es naturalmente casta y fría; elevada de temperatura, se desnaturaliza y se pierde en humos y vapores, en borracheras de la vanidad; nada más hinchado y vano y sin sustancia que el agua hecha vapor, aunque tome formas de mujer en la nube o impulsos enérgicos de pasión, en la locomotora. Su salud, su fruto y su riqueza está en la frialdad. Para conservarse quieta y no corromperse, precisa de la baja temperatura. ¿Y qué agua más pura y casta que la que se viste con la candidez de la nieve?

Por casta, por limpia y por humilde, San Francisco de Asís la llama «hermana». Y es novia del monte, del cielo, de los guijarros del prado, con su sensualidad inocente, con el pudor de su carne pura. Casta, limpia y humilde, con su fantasía poética, hace labios de sus riberas, gracilidad de su andadura y canción amorosa y tierna de su voz, mientras se enoja de sortijas y brazaletes elaborados con espumas y cantos luminosos. Tiene mucha fantasía poética; el agua es el único mineral que sueña y poetiza el mundo...

Por algo, cuando salina y bendita, trae vida como un suero, como una savia, y lleva la gracia al catecúmeno...

PEDRO CABA.

El Dragón de los siete cerebros

(CUENTO MARAVILLOSO)

Tenía mi abuelo un cofrecillo que se trajo en sus tiempos mozos allá de las Islas Filipinas; era de laca y ostentaba sobre pintado paisaje chino cursi policromía un dragón color de lagarto, de siete cabezas como las de los cuentos infantiles. Cada testa era remate de largo cuello ondulante. Lo que en su interior guardase ocultábalo el viejo cual misterioso arcano. Tentado estuvo muchas veces por incentivo de la curiosidad a saltarle la tapa burlando el secreto, mas un temor a su carácter violentísimo me hizo desistir de la idea.

El cuatro de Septiembre, día de mi cumpleaños, esperaba yo su regalo de felicitación que, según constumbre, en esta fecha serían veinte duros, porque cada año que yo cumpliera, él aumentaba en uno el donativo metálico y, siendo tantos como años, al cumplir veinte en buena lógica podía esperar los veinte duros de mi abuelo.

Me llamó a su despacho, abrió un cajón de la mesa y extrajo una cajita de lata, envase jubilado de no sé que pastillas para la tos y de ella una llave minúscula que entre sellos de correos, un pedazo de lacre y varios alfileres guardaba.

—Este año voy a felicitarte con algo más positivo que el dinero.

¡La tapa del cofre iba a alzarse por fin ante mis ojos! Lo abrió. Contenía una vieja flauta rudimentaria.

—Mi regalo—dijo—. Y nublóse mi frente por el desencanto. ¿para qué querría yo una pobre flauta campesina?

—¿No te gusta? Mira esta figura pintada en el cofrecillo.

—Un dragón con siete cabezas.

—¡Y con siete cerebros! En cada cabeza albergó una faceta de temperamento infernal. Siete cabezas, siete pecados. La más erguida anidaba soberbia, la cubría con un espléndido sombrero de copa; otra, irredenta avaricia; la tercera, que en el dragón dormitaba vencida por su edad—(era milenario el dragón)—correspondía a la lujuria; recostada en ella la de la pereza pasábase la vida bostezando sobre el cráneo de su compañera. Las de la gula y la envidia, amigas íntimas y, la última, un almacén de sórdida ira...

Pues traía en jaque a la comarca. No es de extrañar que teniéndolas llenas de tan malas ideas sufriese grandes dolores de cabeza y era temible, porque desde lo más alto de la sierra vociferaba durante la noche como un condenado; sus gritos impedían oír en cien leguas a la redonda. ¡Y allí de los pobres boticarios fabricando aspirina por toneladas para calmar la neuralgia de su dragón!...

En el mejor de los casos gritaba a siete voces y decía—la soberbia:

—¡¡¡Esclavooooos!!! ¡Subidme diez duros de regaliz!...

Y la envidia:—¡¡A mi tambieeeeeen...!!

Y la gula:—¡¡¡Regaliz!!!

Y la de la avaricia:—¡Son pocooooos!...

Y la de la ira:—¡¡¡Os voy a comer las entrañas!!!...

Y la de la gula otra vez:—¡Qué bien; las entrañas!

Cansado el príncipe, gobernador de aquel reino, publicó un bando ofreciendo al dichoso mortal que los liberase de la bárbara bestia como recompensa la piel del dragón que codiciaban todos los zapateros para su industria y, a más de ello, en justo premio, una beca para estudiar en el Conservatorio de Música. El príncipe, por no tener hijas, no podía ofrecerlas en matrimonio al héroe como sucede en otros cuentos.

Conoció el bando un muchacho flautista dedicado por los caminos a domar serpientes. Desde la coqueta vivorilla a la opulenta boa no existía reptil que no bailara al hechizo sonoro del melancólico tañido. Tal su magia que hasta las sogas de los arrieros y su propio cinturón desatándose solo marcaban sobre la tierra al oírlo dulces pasos de polca. Y juró hacer suya la recompensa. Los ojos del dragón se animaron al verlo; lanzaban chispas como encendedores automáticos movidos por dedos nerviosos. Mas el domador, que era sereno—no de oficio,—de serenidad—comenzó a tañer la flauta maravillosa y a poco la bestia ondulaba sus cuellos al compás de las notas. Y eran las siete cabezas movidas en rítmica fila de baile, recuerdo feliz de muchachas de conjunto, un conjunto de alegre opereta.

Muy lógico. La música apaga las malas ideas, y no hizo falta matarlo. Acabó siendo un dragón honrado, tanto que hasta se hizo un seguro de vida a favor de sus coterráneos. El domador de serpientes renunció a la piel hasta que el animalito falleciera. El príncipe le regaló además un buen saxofón. Esta que te regalo, hijo mío, es la célebre flauta de mi cuento. En nosotros también vive un horrible dragón de siete cerebros. Cuando sientas en tí los aullidos de tu dragón, lleva a tus labios el flautín de caña y sopla.

Yo pensé que mi abuelo se habría economizado veinte duros pero, desde entonces todas las mañanas, en la bandeja del desayuno, junto a la taza de café con leche, me pasan a la cama el musical instrumento y, allí sentado dedico media hora a domesticar mi horrible dragón.

LEOCADIO MEJIAS

*

SELECCION

Si los afortunados mortales que pueden distraer unos cientos de pesetas en la adquisición de libros siguieran las discretas orientaciones de los libreros otra cosa sería de su ciencia, de su bolsillo y de su salud. Pero la soberbia científica, lejos de reconocer competencia, nacida de la experiencia, a estos humildes literatos, ve en ellos, solamente, el sagaz comerciante que aspira a enriquecerse a costa de la cultura. Maldice de ellos y su maledicencia raya en locura cuando contempla asombrado en los anunciadores de las librerías el concierto de maridaje literario que pretenden establecer colocando muy unidos «Ideas Estéticas» y «la Novela Rosa» o «La Decadencia de Occidente» y el «Calendario Zaragozano».

Yo no soy de los afortunados mortales que pueden distraer unos cientos de pesetas en la adquisición de libros, pertenezco a los que se solazan aprendiendo títulos en los anunciadores de las librerías, que si no dan ciencia lo parece, y creo que los libreros son verdaderos psicólogos, pero de una psicología científico-económico-terapéutica que los convierte en ángeles custodios de la ciencia, del bolsillo y de la salud de los lectores.

En el maridaje literario que forman los libros en los escaparates es, precisamente, donde yo encuentro el solícito cuidado y el valioso concurso que los libreros prestan a sus clientes. Si yo pudiera distraer unos cientos de pesetas en la adquisición de libros compraría siempre, siempre, el deseado y aquel que forma pareja con él en el escaparate. ¡Cuanto ganaría mi humilde ciencia, mi pobre bolsillo y mi endeble salud!

¡Que alianzas tan perfectas! ¡Que cuidados tan solícitos!

Nada escapa a la fina observación de estos humildes custodios de la cultura; la pureza del lenguaje, las cuestiones sociales, la moralidad, todo, en fin, está resuelto en el admirable consorcio que forman los libros en los anunciadores de las librerías.

Del brazo van «Amor se escribe sin h» y «Ortografía práctica» de Miranda Podadera; junto a los «Intereses Creados» la «Nueva Ley de Arrendamientos»; el «Código Penal» hace carocas a «Un Buen Negocio»; para «Mi Primer Amor» hay unas «Verdades Eternas»; y a «Problemas de la O. N. U.» no han encontrado mejor esposa que «La Bomba Atómica».

Pero donde la fina psicología de los libreros ha calado más honda y acertadamente ha sido en el problema de la correlación psíquico-somática. El *mens sana in corpore sano* es traducido libre, pero exactamente, por estos benefactores de la ciencia con esta gráfica frase: las ideas son hijas del estómago. Esto ha puesto de punta los pocos pelos de los menos lectores y sin embargo nada más cierto que este maridaje perfecto entre el cerebro y el estómago, entre la ciencia y los alimentos.

Será cosa de recordar a estos afortunados lectores que el desgaste intelectual se repone con alimentación sana y abundante, que el estudio hace pesadas las digestiones; que... pero, ¡a qué seguir! si la mejor prueba es el bolsillo interior de la americana de estos señores en el que se encuentran muy juntos y apiñaditos el paquete de bicarbonato y la pastilla de Veramón.